

Todos los Santos y fiesta de san Alonso Rodríguez

Catedral de Mallorca. 31-X-2017

Ap 7,2-4.9-14. Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas.

Salmo 33. Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor.

1Jn 3,1-3. Aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es.

Mt 5,1-12. Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que tienen hambre y sed de la justicia...

Celebrar la fiesta de Todos los Santos, y en la misma la fiesta de uno de ellos, san Alonso Rodríguez, en conmemoración de su muerte, nos abre a la contemplación de la presencia y de la acción de Dios en las personas, en cada uno de nosotros. Solo Dios es Santo. Con todo, la realidad, la nueva y gozosa realidad, es que quiere que participemos de su santidad: tal debe ser nuestra aspiración, nuestro máximo deseo.

El Evangelio -son palabras del mismo Jesús-, cuando pone a Dios, el Padre, como referencia principal para nuestra vida, habla de “perfección”, ya que se trata de “participar” de la misma santidad de Dios: **“Por tanto, sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto”** (Mt 5,48). Esta será una nota característica de haberse apropiado del espíritu de las bienaventuranzas, que hoy mismo hemos proclamado en el evangelio.

Sin embargo, más que una conquista personal, la santidad es un don. Un don que resulta de una elección y es la fuerza necesaria para poder cumplir una misión. Fijaos con qué convicción lo dice, hoy, san Juan: **“Mirad qué amor nos ha tenido el Padre para llamarnos hijos de Dios, pues ¡lo somos!”** (2ª lectura). Ser “hijos de Dios” nos hace capaces de abrirnos a Él, de ser como Él, de verle tal cual es. Es el mayor deseo, la mayor aspiración de un cristiano que busca en Dios el sentido de su vida, su máxima realización, llegar a encontrarse con Él, verle cara a cara.

Hoy, la Iglesia nos invita a ver en la santidad un camino posible para todos. Un santo no es un ser extraño, ni alguien que ha tenido que huir del mundo. Los santos son de carne y hueso, con nuestras mismas preocupaciones e inmersiones en la realidad de cada día. Fijarnos especialmente en los santos, tantos que hemos conocido, conocemos y son puntos de referencia para nuestra vida, descubrimos que, siguiendo a Jesús y el Evangelio, también podemos llegar a la santidad.

El papa Francisco afirma que “si algo debe inquietarnos santamente y preocupar nuestra conciencia, es que tantos hermanos nuestros vivan sin la fuerza, la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo, sin una comunidad de fe que los contenga, sin un horizonte de sentido y de vida” (EG 49). Nuestro querido san Alonso Rodríguez llegó a vivir en su propia persona esta experiencia de la fuerza, de la luz y el consuelo de la amistad con Jesucristo. Fue después de largos años de búsqueda, de lucha, de dificultades familiares y laborales, así como de inquietudes religiosas que no obtenían respuesta, pasando incluso por una experiencia de pobreza que le obligó a mendigar. San Alonso cree en esta fuerza, en esta capacidad que le viene del Señor.

Nos encontramos ante una vida dura, difícil, pero que transpira toda ella una presencia que viene imperada por el deseo de cumplir la voluntad del Señor, expresión tan ignaciana que llenará de sentido su vida.

Un primer principio de la “santidad” de san Alonso, lo descubrimos cuando dice: *“Os prometo que nunca más en mi vida haré mi voluntad. Haced de mí lo que queráis”*. Calcado de Jesús cuando ora al Padre, pidiéndole **“que no se haga mi voluntad, sino la tuya”** y pasando por un momento de crisis, de duda, de angustia...

Un segundo principio de “santidad” de san Alonso, lo vivirá a fondo cuando, en 1571, es aceptado como Hermano y viene a la comunidad de Palma, en Mallorca, destinado a la portería del colegio de Montesión, cargo que ejerció durante 47 años. ¿Qué vivió realmente en este periodo? Una humildad que transformó en acogida, bondad, buen trato. En cada cual que entraba por la puerta veía a Jesucristo, y en él veía la gente un ángel, siempre atento, caritativo, obediente, prudente, pobre, una bienaventuranza viviente.

Un tercer principio de la “santidad” de san Alonso, lo había encarnado en su vida desde el principio. Es la oración. En ella encuentra la valentía y la disponibilidad en el servicio, tal como decía él mismo: “Ya voy, Señor”. Esta valentía fue su testimonio que, como ya he dicho, proviene de su amistad con Jesús y de su humildad, que le lleva a descubrir y a cumplir siempre su voluntad.

El resultado no podía ser otro que su vida vivida con el espíritu de las bienaventuranzas. Ese es un estilo del Evangelio, ese es el estilo de Jesús, que san Alonso supo encarnar en su vida. El camino de la santidad es, a la vez, un camino de libertad. Jesús, en el Evangelio, siempre invita de un modo muy personal, y a pela a una respuesta libre: **“si quieres ser perfecto...”** (Mt 19,21). Es una propuesta cargada de ardor vocacional, capaz de entusiasmar a un joven, como en este caso, y a cualquier persona que quiere hacer de su vida un gesto de generosidad total, puede que allí donde mucha gente no alcanza en su decisión de amar como Jesús: la santidad a la que llama.

La búsqueda de la “santidad” tiene lugar en el terreno diverso de la experiencia cotidiana, donde el esfuerzo tiene que dirigirse a “refundar” un mundo más humano, más solidario, más justo y más feliz. La experiencia de avanzar hacia la santidad pasa por tal esfuerzo de transformación personal y social, para que se cumpla la bienaventuranza de la pobreza evangélica en todas sus manifestaciones: la sencillez, la humildad, la misericordia, la justicia, la limpieza de corazón, el trabajo por la paz... Ha de ser algo realmente importante cuando Jesús acepta el riesgo de entregar su vida y proclamar con toda la fuerza “¡Bienaventurados!” (Mt 5,1-12).

Los santos han entendido este lenguaje, se han enamorado de Jesús y le han seguido. Muchos, por haberlo dado por amor y haber preferido hacerse ricos ante Dios (cf. Lc 12,21), les ha costado la vida, como ha hecho referencia el texto del Apocalipsis: **“Estos son los que vienen de la gran tribulación: han lavado y blanqueado sus vestiduras en la sangre del Cordero”** (1ª lectura). Esta visión profética alcanza a todos los hombres y mujeres de todos los tiempos, cuyo paso por la historia es semilla de transformación según el Evangelio, y cuya orientación es la vida en la plenitud del amor de Dios, la suma felicidad de llegar a contemplarle cara a cara. Celebrémoslo con fe en la comunión de los santos. La eucaristía es para todos, y el alimento que se nos da, Jesucristo en persona, nos santifica en el amor y la justicia. Esta novedad, la ha realizado san Alonso Rodríguez, haciendo de su vida un Evangelio vivo, una transparencia del mismo Jesús. Demos gracias a Dios.

+ Sebastià, obispo electo de Mallorca. Administrador apostólico de Mallorca.